

Una interpretación ética de la crisis actual

Hilaire Belloc, notable humanista y filósofo inglés, figura de primera línea entre los católicos de la Gran Bretaña, dictó en la Universidad de Fordham, en 1937, una serie de conferencias que con el título de “La Crisis de Nuestra Civilización”, acaba de ser publicada en castellano por la Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Lástima que las incorrecciones de la traducción hagan muy oscura la obra, rica en conceptos acertados y en análisis profundos de la historia de la civilización europea; defecto es éste, por desgracia, harto común a las traducciones hechas en la nombrada ciudad, y tanto más lamentable cuanto que Buenos Aires ha arrebatado a Barcelona su antiguo carácter de emporio del libro español, razón por la cual ejercerá una influencia lastimosa sobre esta pobre lengua nuestra, tan mal tratada ya, pese a nuestras gloriosas tradiciones gramaticales, y tan absolutamente despreciada por nuestros actuales métodos de enseñanza, quizá por no considerarla *útil* en el sentido comercial.

Adelantándose tres años al actual momento que tenemos “la desgracia y la gloria combativa de vivir”, según sus palabras, contempla la inminente disolución de la civilización cristiano-occidental, y busca las causas de la catástrofe. Para ello comienza por un largo estudio sobre el proceso de formación de la civilización europea, para buscar, desde los orígenes, el principio que como un microbio maligno ha ido amenazando lenta y seguramente su organismo hasta llevarla al borde del abismo en que la encontramos.

hoy. Estas causas son integramente de orden moral, y pueden reducirse en último término a una sola: el egocentrismo liberal, opuesto diametralmente al teocentrismo cristiano.

El libro de Belloc, que recomendamos vivamente, a pesar de lo lamentable de la traducción, nos ha sugerido algunas consideraciones, que pueden talvez contribuir a situar el problema.

El materialismo histórico, enunciado precisamente por Marx, pero implícitamente contenido en la concepción positivista que es base de la economía liberal, ha hecho olvidar a la mayor parte de los hombres de nuestra época que la historia humana tiene su clave en dos principios de orden espiritual: la voluntad del hombre, y la voluntad de Dios. La primera, sirve de explicación inmediata a los hechos, la segunda, manifestada en la acción providencial que regula el curso de los acontecimientos, es la explicación última y completa de esos fenómenos que, escapando en gran parte a la previsión humana, vienen a desconcertar todas las interpretaciones que no la tengan en cuenta.

La civilización cristiana, la cristiandad, como se decía en la Edad Media y todavía en el s. XVI, no escapa a esta ley providencial: fruto de la acción de grandes pensadores, de grandes gobernantes y de grandes santos, fue una tentativa, imperfecta sin duda, como todo lo humano, pero completa bajo ciertos aspectos, de crear en todo el mundo una *pax christiana*, que reemplazara a la antigua y precaria *pax romana*, sobre la base de respeto a la persona humana, de culto a la verdad, de obediencia a una jerarquía capaz de mantener el equilibrio entre los pueblos.

Hemos dicho que la organización medioeval fue imperfecta por muchos aspectos, pero no es esto un reproche: era imposible que en el curso de pocos siglos, sin una experiencia suficiente, cuando apenas comenzaban a emerger de la barbarie al cristianismo los pueblos nórdicos, se hubiera llegado a formar una mentalidad jurídica perfecta; pero en cambio las teorías, la doctrina oficial de la Iglesia, expresada en las Decretales y sistematizada por los escolásticos, era perfecta; habría bastado, al llegar los tiempos modernos, a revisar las aplicaciones, sin tocar los principios, para crear

una civilización acabada. Podríamos decir, usando de un término escolástico, que la materia de la civilización medioeval, (el hombre germánico), era demasiado imperfecta y que por tanto limitó considerablemente la acción de la forma.

La forma de la civilización medioeval fue profundamente *humana*: toda ella se basa en el respeto que la persona humana merece, y aun aquello que por algunos es más criticado, (como la inquisición, las cruzadas contra los albigenses), es una aplicación, más o menos acertada en la práctica, de ese principio fundamental. Se creía que el hombre tiene un derecho inviolable al conocimiento de la verdad y del bien, a la práctica de la virtud, a que nadie le impida la salvación, y se acudía a los medios más definitivos cuando este derecho fundamental se encontraba en peligro.

En cuanto a lo político la civilización cristiana tuvo muy clara la preponderancia de lo moral sobre lo nacional y sobre lo económico; es decir, que su política fue también y ante todo humana en cuanto se propuso el bien humano por excelencia que es el bien moral. Hubo, lo repetimos, errores en la práctica, hubo culpas y muy grandes en los gobernantes, pero la teoría no era discutida por nadie: el bien moral, el bien de los hombres, debía primar sobre todo otro interés.

Pero en el fondo de aquella organización teóricamente perfecta, fermentaba en la práctica un principio de corrupción: el *subjetivismo*, que hace del hombre principio último y fin último, que quiere dejarle la dirección arbitraria de su propio destino y que tiende en último término a independizarlo de Dios. Este proceso de liberación fue un retorno lento al paganismo, y el paganismo es inseparable de la barbarie: rechazó a Dios, y se esclavizó de la materia; rechazó la autoridad religiosa, con el protestantismo, y se hizo esclavo del Estado; rechazó toda verdad filosófica con Kant, y tuvo que crear mitos que pudieran orientar su vida y que al fin acabaron por ahogarlo; se dedicó al estudio febril de la materia, rechazando con el positivismo toda ciencia de lo universal, y esa ciencia, cuya conquista era el más grande orgullo de los tiempos modernos ha terminado por aplastarlo: el estatismo, la superproducción, el maquinismo, y por

último los explosivos de potencia incalculable son los frutos de esa *nueva cultura* (!) y al mismo tiempo la causa más fuerte de la catástrofe actual.

La liberación característica de la Edad Moderna ha tenido tres etapas:

El protestantismo, liberación religiosa, en 1521;

La revolución francesa, liberación económica y política, en 1789;

El totalitarismo, liberación de todas las trabas que impedían el desarrollo de las legítimas aspiraciones de los pueblos.

Estas etapas están íntimamente ligadas entre sí: la última, el totalitarismo, es el término natural de las dos primeras.

Lutero es el precursor de la crisis actual, o mejor el que dio el primer impulso a Europa para llegar hasta donde hemos llegado. No queremos decir con eso que fuera él el creador de todas las doctrinas protestantes, pero sí que a él se debe el que esas doctrinas, elaboradas durante los últimos siglos de la Edad Media hubieran llegado a la práctica. Y en él encontramos ya todos los principios que han arruinado nuestra civilización, y los que informan las doctrinas hoy en boga:

a). Escepticismo total: el libre examen no es otra cosa que una negación de la verdad objetiva;

b). Negación de la moral: el "*pecca fortiter sed crede fortior*", y más que eso la negación del libre albedrío, cientifizada y popularizada hoy por los freudianos;

c). La negación de filosofía y la condenación de la ciencia especulativa, formulada más tarde por Kant en términos definitivos;

d). La disolución de la familia por el divorcio;

e). El estatismo: el principio "*cuius regio eius et religio*", carta fundamental de la Alemania protestante, ha culminado hoy en la *religión nacional* de Hitler.

Poco después Calvino y Enrique VIII vinieron a completar la concepción luterana: no bastaba negar la Iglesia y rechazar la autoridad del Papa: el hombre no puede vivir sin estas cosas y era preciso reemplazarlas; Ginebra aspiraba a ser una nueva Roma y el Rey de Inglaterra un nue-

vo papa; a Roma se oponía una anti-Roma y al Papa un antipapa. Todo esto no era más que una realización del anticristo, la bestia apocalíptica de múltiples cabezas...

También en Francia iba desarrollándose el germen destructor de la cristiandad, el subjetivismo, la revolución de 1789 marca la culminación de una nueva etapa en el proceso disolvente; de Francia, centro de la latinidad, se había de propagar el mal al mundo entero.

La liberación emprendida por la revolución francesa es más completa que la luterana: Lutero conservaba a Dios, muy disminuído y lejano, es cierto, y disfrazaba el estatismo con apariencias de religión. Los hombres del 89 encontraron esa concepción demasiado anticuada, y pusieron como base de sus reformas la negación de Dios.

Sus principios representan un verdadero progreso sobre los anteriores:

a). El hombre autónomo, *sui iuris*, dueño de derechos ilimitados y desprovisto de deberes;

b). El pueblo fuente suprema de toda autoridad;

c). Abolición de los estatutos, es decir, de normas estables de derecho, que son sustituidas por el contrato, es decir, por la voluntad libre de cada uno;

d). Proclamación de la libre competencia, la cual crea el *derecho del más fuerte* y lleva rápidamente a la oligarquía.

e). Como consecuencia de todo esto, la formación del proletariado moderno, cuya situación, al decir de Pío XI, es más inicua que la esclavitud romana.

En resumen, la revolución francesa representa, en comparación con el protestantismo del siglo XVI este progreso: que el protestantismo había negado los derechos de Dios, y respetaba, al menos en apariencia, los del hombre; mientras que el liberalismo (1) declarando los derechos del hombre y

(1). Entendemos por liberalismo, según la declaración de León XIII al Arzobispo de Bogotá, no un partido político que lleve ese nombre, sino la doctrina que liberta al hombre de la ley de Dios en la vida política. Tiene tres grados, condenados todos por la Iglesia: 1º—El que enseña que el hombre no está sujeto a la ley de Dios en ningún campo (moral independiente); 2º—El que admite la ley de Dios natural, pero no la positiva y sobrenatu-



respetándolos en teoría, llegaba en la práctica a su plena negación, y a crear la supremacía de la fuerza en lo económico por la libre competencia, la oligarquía en lo político por la lucha de los partidos y la demagogía inevitable.

Pronto se convencieron los hombres de la revolución que sin Dios y sin ley moral no puede haber orden en el pueblo, y llegaron a la ridícula y significativa necesidad de decretar la existencia del Sér Supremo: ¡lástima que no hubieran decretado también la obligación de sujetar a ese Sér Supremo la organización de los estados!

A la base de la doctrina liberal estaba el libre examen, el relativismo de la verdad, especialmente en política, y del Estado, fuente del derecho: el Estado era ya el verdadero Sér Supremo. El monismo social, propio del liberalismo, tenía que negar la existencia de la Iglesia, y si el número de católicos que se encontraban en su territorio le forzaban a admitirla, era sólo a título de organización de culto, negándole toda ingerencia en las cosas de este mundo y en la vida de la sociedad. Y aún así, como organización del culto, debía depender del Estado: la constitución civil del clero, y las tentativas semejantes realizadas en todas partes del siglo pasado, son muy significativas. No es posible, decían, que los súbditos de un Estado lo sean también de una autoridad extranjera, habían perdido toda noción de universalidad; la intervención de los católicos en política, aún a título personal, llegaba a hacerse insoportable, y se los acusaba de tener en cuenta intereses que no eran los intereses del Estado: —como si los intereses espirituales no fueran los más altos de la sociedad— y se organizaba una enseñanza *libre de prejuicios*, es decir, que admitiera como base toda una serie de postulados materialistas y anticristianos.

De 1789 para acá el Estado es un Dios en perpetuo devenir, como el Dios de Bergson. Día tras día, amparándose

ral; 3º.—El que admite la ley divina en la vida privada, pero no en la vida pública y en el campo político. (Carta **Plures e Columbia** al Ilmo. Sr. Herrera Restrepo, 6 de abril de 1900). Como se ve el tercer grado señalado por León XIII forma la doctrina de la Acción Francesa.

en el nombre de liberal, nombre que se convirtió en un verdadero mito, —casi sin significado ninguno preciso, si no es el de la negación de Dios ha ido absorbiendo todas las cosas: la economía, que vino a convertirse en su fin último; la familia, que se arroga el derecho de formar a su guisa y de destruir mediante el divorcio; la educación, considerada como deber y derecho del Estado; y por último, hasta la moral, tratando de crear una moral acomodada a sus propias necesidades.

La economía se ha convertido en el fin último del Estado: y es curioso observar cómo todas las fuerzas de los pueblos se han ido encauzando a un solo ideal: producir, atesorar, hacerse más rico que los demás. Tal es el principio que ha presidido a la expansión colonial de las grandes potencias europeas, y al imperialismo económico de los Estados Unidos, y hasta la política religiosa se ha resentido de él; quizá la tolerancia religiosa de los últimos tiempos se explica más que por otra cosa, por la convicción a que se ha llegado de que la religión puede, en cierto sentido, en cuanto morigeradora a los proletarios, convertirse en elemento de prosperidad económica; de la misma manera que tantas *gentes de orden*, abandonando la antigua liturgia, hecha ante todo para honrar a Dios y para darle testimonio de sujeción, se han refugiado en pequeñas devociones populares, sin otro fin que alcanzar de Dios la prosperidad de sus negocios.

Así poco a poco, en el curso de casi dos siglos, el Estado se ha hecho omnipotente: a Lutero le había incomodado la competencia de la Iglesia, y la había quitado de su camino; al Estado liberal le incomodaba la competencia de Dios, y resolvió prescindir de Él. La primera víctima de esta prescindencia de Dios fue el hombre mismo, cuyos derechos, declarados en teoría, quedaron conculcados en la práctica; porque, como dice el abate Jolivet, “los valores personales suponen la existencia de valores suprapersonales; es imposible justificar completamente el valor de la persona humana, si no se admite la existencia de un Dios personal, creador, legislador y remunerador supremo. La razón del valor de la persona está en su realidad de persona como tal, es el hecho de que participa más de cerca que los otros seres de la seme-

janza de Dios, que es por excelencia el Sér *sui turis*. En la persona humana respetamos la imagen de Dios y nos conformamos a su voluntad creadora al respetar la autonomía del hombre, autonomía que Dios mismo defiende y sanciona". (Regis Jolivet. Ethique Personaliste. Archives de Philosophie, vol. XIV, cahier II. 1937).

El monopolio de la enseñanza, la intervención excesiva en los negocios privados, la creación de doctrinas y *dogmas* propios del Estado, el robustecimiento excesivo de éste último, van marcando un avance de la concepción liberal hacia la concepción totalitaria.

El totalitarismo es el último paso hacia la plena liberación del hombre.

No solamente, como lo había hecho el Estado liberal, trata de desembarazarse de Dios para dominar más completamente sobre los súbditos, sino que él mismo, explícitamente y sin rodeos de ninguna clase, se proclama fin último de los asociados, y por lo tanto, Dios. "Todo para el Estado; nada fuera del Estado, nada por encima del Estado", es la fórmula de Mussolini. Pío XI define el totalitarismo diciendo que es la doctrina que sostiene que "la totalidad de los ciudadanos debe subordinarse al Estado y depender de él en la totalidad de lo que les es o puede serles necesario, en todos los órdenes de la vida, aún en su vida individual, doméstica, espiritual y sobrenatural" (Carta al Arzobispo de Milán, 26 de abril de 1931).

El Estado ha llegado al último grado de engrandecimiento posible: él es fin último de sí mismo y fin último de los demás, no sólo en la práctica sino también en la teoría. Su riqueza, su prestigio, su prosperidad, su influencia sobre los demás es lo único que importa.

Esta concepción del Estado no difiere sustancialmente de la concepción liberal: El liberalismo, basado en el subjetivismo, en el individuo como fuente de verdad y en el pueblo como fuente de autoridad; sólo que el kantismo de la primera, vino a sustituirse una concepción neokantiana: Hegel, hijo legítimo de Kant, es padre del comunismo y del nazismo; sin embargo, el liberalismo podría acogerse a su doctrina, y lo ha hecho con frecuencia.

Este tránsito se hizo de un modo natural: el Estado genearme debía organizar el orden social, vigilando y cohibiendo los brotes de la razón individual de sus súbditos, pero pronto se comprobó que el orden social se hacía imposible. ¿Por qué entonces no sustituir la razón individual, los dictámenes de las razones individuales, por una razón colectiva que fuera criterio supremo e infalible? La primera solución se dio en el principio del gobierno de las mayorías y de las asambleas parlamentarias formadas por representantes de los partidos, consideradas como expresión de la voluntad del pueblo. De ahí a concretar y encarnar la voluntad colectiva en un solo hombre, Führer o Duce, perfecto, infalible, inapelable, no había más que un paso.

El totalitarismo ha sido más lógico que el liberalismo en materia religiosa: no bastaba cohibir las pretensiones de la Iglesia, había que anularlas; no bastaba anularlas, había que prevenir toda nueva ofensiva de los principios religiosos: entonces se crea una nueva religión, la religión nacional, que satisfaciendo la *sensibilidad religiosa* de los hombres, quite toda tentación de volver a la religión antigua. Esa nueva religión será el culto del Estado y del hombre que lo representa. Se cumple así la palabra escrita hace ya varios años por Karl Adam, notable teólogo alemán: "Los mismos que en el siglo XVI negaron la autoridad de la Iglesia, negaron en el XVIII la divinidad de Jesucristo y en el XX la existencia de Dios. Donde no hay Pedro no hay Iglesia, no hay Cristo, no hay Dios".

Se nos ocurre que la guerra actual podría definirse bien como una lucha olímpica, una lucha entre seres supremos, convencidos de que la unicidad es necesaria, y de que muchos dioses no pueden coexistir en paz. Cada uno trata de eliminar a sus competidores, y quién sabe si Dios, el verdadero Dios, no habría llegado también a ese convencimiento, y quiera aplastar a los imperios divinizados para hacer triunfar sus derechos...

Hemos dicho al comienzo que la historia entera debe interpretarse en función de dos voluntades: la de Dios y la del hombre. La del hombre, la de muchos hombres al menos, ha obrado como elemento de disolución sobre toda la Edad

Moderna; la de Dios obra sobre todo en estos momentos de caos, para humillar al hombre, disolviendo las construcciones de su soberbia, pero también para preparar una regeneración de la humanidad que ni siquiera alcanzamos a prever.

¿Qué saldrá de este caos? La sola prudencia humana nos diría que nada bueno podemos esperar, pero la fe y la experiencia de la intervención providencial de Dios en el mundo nos dicen que Dios no permite los males sino porque quiere sacar de ellos bienes mayores, que la Iglesia no puede perecer, y que triunfará ahora como ha triunfado en otras épocas igualmente oscuras. No sabemos qué pueda ser del actual Estado francés, pero sí estamos seguros de que Francia, como pueblo, no perecerá, y que las reservas espirituales que guarda en sus obispos, en sus pensadores católicos, en sus organizaciones católicas de juventud, son una esperanza firmísima para el futuro de la Iglesia.

Creemos que, cualquiera sea el resultado de esta guerra, el mundo sufrirá su evolución en un sentido espiritualista, aun cuando para llegar a ella haya que pasar antes por días y aún años de persecución y desolación. Los sacrificios sin número de estos días, los dolores quizá insospechados de los días venideros, son a los ojos del creyente una garantía de un futuro triunfo de la Iglesia, una vez vencidas las ideologías actuales opuestas a ella, en un mundo, organizado de acuerdo con sus doctrinas, fundado en el reconocimiento de Dios y en el respeto de todos los derechos humanos. Esa *nueva cristiandad* debe ser hoy nuestra única esperanza, el objeto de nuestros ardientes deseos.

Bogotá, junio 13 de 1940.

CARLOS JOSE ROMERO
Presbítero.